

desde el relato historiográfico institucional, estaría constituido por el triunfante acontecimiento de la transición política española, ejemplar modelo de cambio político hacia la democracia y de homologación con el resto de los países occidentales que durante muchos años definió lo que se llamó el “milagro español”. Efectivamente, en pocos años España se integró perfectamente en los cánones políticos, sociales y económicos de la Europa del momento participando de un capital intangible muy importante que le permitía redimirse de buena parte de los pecados de su pasado. Esta realidad, no obstante, está siendo denunciada recientemente por especialistas de las más diversas disciplinas que ponen el foco de atención sobre aquellos elementos que demuestran que no fue tan modélico el proceso y que en él también tuvo cabida el desencanto y la frustración por la consecución de metas inacabadas y por la permanencia de lacras y fantasmas del pasado.

Esta última matización de la obra, refiriéndose quizá al período de nuestra historia reciente más mitificado por determinados sectores mediáticos e historiográficos es quizás la muestra más clara del rigor y la ponderación que rige el conjunto de la obra. En este sentido, más que un relato de lo lúgubre y lo sombrío de nuestro pasado, visto a través de los ojos de intelectuales, políticos y artistas fundamentalmente, esta obra es una historia ponderada de la mentalidad y la cultura española de este último siglo haciendo especial incidencia en uno de los elementos que más la han caracterizado desde el punto de vista histórico. Resulta por tanto una lectura altamente recomendable, pues a su ponderación y medida en el uso de las imágenes en vinculación con el contexto histórico pertinente se une un ritmo fluido y agradable muy adecuado para este tipo de ensayos.

**Orihuela, Antonio, *Moguer 1936*. Navarra, La Oveja Roja, 2010, 362 pp.**

Por José Luis Gutiérrez Molina  
(Universidad de Sevilla)

Hay historiadores poetas. Más raro es que un poeta se convierta en historiador. Antonio Orihuela reúne ambas condiciones. Es historiador por medio de vida, profesor de Instituto, tiene el grado académico, es doctor en historia, y ha dedicado gran parte de su vida – públicamente desde su primer libro en 1995- a la

poesía. Tanto en uno como otro aspecto Orihuela es un autor comprometido, consciente de que trabajo bien hecho no es sinónimo de una pretendida objetividad, de alejarse del contexto en el que se vive. Así lo ha demostrado cuando ha estudiado las sociedades precapitalistas en el suroeste de la península Ibérica (*Historia de la Prehistoria*, Huelva, 1999) y cuando sus poemas no han dudado en considerarse armas para luchar (*Poemas para el combate. Antología*, Cádiz, 2007). Con estos antecedentes era casi inevitable que terminara por enfrentarse como historiador con uno de los temas centrales de la historiografía española contemporánea: la década de los años treinta del siglo XX y la represión que acompañó el régimen construido por los vencedores de la sedición del verano de 1936. Que además es poeta se advierte en la redacción y enunciados de los epígrafes del trabajo.

Una cuestión que no es una preocupación reciente o mercenaria, como en tantos casos. Hacía ya tiempo que había escrito: ¿Pero, a esas horas, / quién anda por Moguer? / El Deseo. / La Perdición. / El Engaño. / Son los hijos de la noche. / Y el último, / hermano de la verdad, / el Olvido. / Cuatro maleantes (*Piedra corazón del mundo (Antología personal 1995-2000)*, Valencia, 2001 [www.nodo50.org/mlrs/Biblioteca/orihue/piedra.pdf](http://www.nodo50.org/mlrs/Biblioteca/orihue/piedra.pdf)). Ahora la poesía se ha hecho prosa en forma de estudio histórico: *Moguer 1936* (Navarra, La Oveja Roja, 2010). Con unos pocos meses en las librerías ha agotado ya dos ediciones y está a punto de aparecer la tercera que incluirá nuevas aportaciones. Una muestra más de cómo los libros, sobre todo los de ciertos temas, dejan de ser de sus autores para convertirse también en patrimonio de sus lectores.

Ya desde el prólogo que ha escrito Francisco Espinosa Maestre se plantean algunos de los problemas centrales de la historiografía de la cuestión: ¿fue la represión golpista una respuesta a los desmanes y crímenes cometidos durante los “días rojos”?, ¿es posible una historia local libre de los condicionamientos y rémoras que habitualmente la acompañan? La respuesta, no por evidenciada en otros casos, es no, en el primer caso, y sí en el segundo. Como escribe Espinosa “el terror fascista no requería sangre derramada anteriormente sino que respondía a un plan previo de exterminio”. Un planteamiento que, discutido por otros autores, cobra toda su realidad cuando se acerca el microscopio sin prejuicios y apoyado en la

potencia de una lente como la información que proporciona, fundamentalmente, una amplia muestra de testimonios orales y la documentación conservada en el Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo de Sevilla (ATMTSS). Unos fondos que, sin que sirva de precedente, no sólo están digitalizados sino que son accesibles por la Web ([www.diphuelva.es/inicial](http://www.diphuelva.es/inicial)).

De esta forma Orihuela ha podido reconstruir lo ocurrido en julio de 1936 en su ciudad natal. El resultado ha sido que la verdad franquista, la única durante la dictadura y hasta ahora en la democracia, se ha derrumbado como un castillo de naipes. Sobre todo en lo que respecta al asesinato del teniente coronel Hernández-Pinzón. No es tarea menor. No es la única vez que determinados acontecimientos han sido manipulados hasta el punto de hacerlos irreconocibles si no es bajo el prisma de su utilización por los vencedores. Setenta años más tarde esas mistificaciones han llegado a convertirse en verdades indiscutibles y pruebas de cargo justificadoras de las actuaciones de aquellos hijos de la noche de los que habla Antonio Orihuela en su poema citado. “¿Que qué pasó en Moguer durante la guerra? [Le respondió un testimonio], pues nada, hombre, aquí no pasó nada, mataron a seis o siete granujillas, sí, pero aquí no pasó nada”. Así despachaba ese testimonio los casi 150 asesinatos cometidos. Le amparaba la falsedad construido durante el franquismo que logró unir destrucción física y supresión de la memoria de los hombres y mujeres que, desde diferentes opciones, pensaron que podían vivir de forma distinta a la que conocían. Sin olvidar el papel que tiene, hoy día, en las profundas raíces que impregnan a la sociedad española. Eso que llamábamos “franquismo sociológico” y que hoy no es sino un elemento más de una ciudadanía desarticulada, pasiva y dependiente.

Restituir lo ocurrido en Moguer es la primera tarea que, como historiador, el autor ha afrontado. El resultado no puede ser más enriquecedor. Lejos de simplificaciones contemplamos un cuadro, un paisaje de los que pueblan los cuadros de Brueghel o El Bosco; complejo, lleno de escenas en las que se entrecruzan la voluntad por desmadejar los hilos de unos acontecimientos con las dificultades por llevar a cabo lo decidido para otras localidades de la comarca: debían morir en torno a cien personas para que el terror garantizara la paz. Un esfuerzo que despeja la niebla que ocultaba

un tiempo que se le pretendía sin historia. Y con la luz, de nuevo, las preguntas ¿Por qué?, ¿es verdad que por estas tierras llevamos enfrentamiento civil en los genes? Y las respuestas. No, si algo genético hay es ese caciquismo y esos sueños por desmontarlo y vivir en un mundo mejor. Todo aquello que representaba el régimen republicano. Así que no es ocioso el detenimiento con el que Orihuela analiza los años de la Segunda República, como llega a una población marcada por grandes desequilibrios sociales y económicos, en decadencia, con grandes pérdidas demográficas, administrativas y económicas. Solar de una desigual estructura de la propiedad y patria de Juan Ramón Jiménez y de Manuel Burgos de Mazo. Tan gran cacique el segundo como escritor el primero.

Un paisaje que fue sacudido como por un rayo por las políticas reformistas de la burguesía liberal republicana. Un liberalismo que consideraba que algo había que cambiar para que, en el fondo, nada cambiara y que posibilitó la práctica de la política partidaria y la organización obrera, mayoritariamente en la Unión General de Trabajadores. Si en la primera, mal que les pesaba, participó el mundo propietario, la segunda fue percibida como una amenaza cada vez mayor al arrebatarle el control de los trabajadores de la población. Espectro peligroso que cobró toda su capacidad amenazante la primavera de 1936. Culminación de un proceso organizativo y de acciones que les costará la vida a algunos de sus protagonistas. Como a José María Tello, el primer campesino moguerense que ocupó un cargo político institucional sin responder a los intereses de la burguesía local.

Orihuela, en el casi centenar y medio de páginas que componen el fresco republicano nos proporciona los elementos para interpretar las causas de la sedición del verano de 1936. En las restantes doscientas páginas del volumen desmenuza en primer lugar los once días que permaneció el pueblo antes de ser ocupado por una columna armada procedente de Huelva. Páginas en las que contemplamos como se desarticula el apoyo que los golpistas pudieran contar y se forma un “Comité Circunstancial” encargado de mantener la legalidad y el orden. Una importante aportación que da historia a un periodo que, no por breve, tiene una especial importancia para el desarrollo de la historia contemporánea moguerense. Porque no es lo mismo atribuir el asesinato del teniente coronel

Hernández-Pizón a los “revolucionarios” que situarla en el marco de una primera acción de delincuentes que termina con un motín anticlerical. Como tampoco lo es caracterizar a las patrullas cívicas de brazo ejecutivo del terror rojo, cuyos componentes pagaron por sus crímenes, que describirlas como los protectores de los derechistas encarcelados y monjas exclaustradas y quienes intentaron encauzar situaciones violentas, en ocasiones de forma inútil.

Ya se ha dicho que la documentación sobre los consejos de guerra del ATMTSS ha permitido al autor reconstruir el genocidio noguereño. Así se titula la segunda parte del volumen. No de otra forma puede denominarse la búsqueda de legitimidad de los sediciosos mediante el exterminio de todos aquellos que consideraba peligrosos por sus ideas y prácticas. Una política de eliminación sistemática de quienes se habían atrevido a cuestionar los privilegios y el orden social tradicional de la clase dominante de los que unos exmilitares, expulsados por las autoridades legítimas, transformados en jefes de bandas armadas se convirtieron en los ejecutores y controladores absolutos de la represión.

Desde la entrada de la columna con su primera secuela de asalto y destrucción de los locales obreros y comercios de enemigos, rapado y purgas de mujeres que se prolongaron durante semanas y los primeros asesinatos de nueve personas esa misma tarde del 29 de julio de 1936. El orden volvía simbolizado por el primer presidente de la gestora presidida por el viejo cacique Manuel Burgos Mazo que pronto será desplazado por la Falange en ascenso mucho más capacitada para llevar a cabo la “gran tarea” que, dirigida por el Gobierno Militar sedicioso y sus comandancias militares locales, se debía llevar a cabo. Un goteo de crímenes que alcanzó cimas espeluznantes como la de la madrugada del 13 de agosto en el que una treintena de detenidos cayeron bajo las balas de un grupo venido de Huelva para realizar “valiosos servicios de saneamiento social” como recogió la prensa onubense unos días después. El reguero de sangre no se detuvo. Continuó durante el otoño de 1936 y dará sus estertores los años siguientes hasta 1940 hasta alcanzar los 146 asesinados.

El trabajo de Antonio Orihuela no se detiene sólo en las muertes. Como sabemos la represión adquirió otros tintes como los de los robos, las estafas, el exilio, las cárceles, la esclavitud del

trabajo forzado hasta alcanzar lo que, en afortunada expresión, el autor denomina “la incautación de los cuerpos, los patrimonios y la mente”. Así por sus páginas pasan las requisas y exacciones patrimoniales, las depuraciones de funcionarios y docentes, la “vuelta de las sotanas” y la organización del “nuevo Estado”. Todo un recorrido hasta completar la fotografía de aquella lluvia de sangre que todavía hoy arrastra sus lodos por la España que comienza la segunda década del siglo XXI. A estos últimos dedica un apéndice que no por breve, apenas ocho páginas, resulta más esclarecedor y necesario. “Moguer, setenta y cinco años después” nos describe el panorama actual de la localidad. Una población, como tantas otras, marcada todavía por la decadencia, la presencia de unas políticas clientelares que, no por nuevas, dejan de ser caciquiles, económicamente marcada por la economía neoliberal que define la democracia española y la sustitución de los pobres de entonces por los inmigrantes de hoy. Posiblemente lo que pasó en 1936 interese a pocos, sobre todo a los familiares de los afectados y a los historiadores que se han preocupado por este tema hasta hace poco tabú. Pero la sociedad española no se librará de él hasta que no salga a la luz lo tantos años olvidado, censurado y silenciado. Hasta que un libro de historia como este no tenga que comenzar por recordarnos que no es un escándalo que se publique, que el escándalo es que no se haya podido escribir hasta el año 2009. Que lo escandaloso fue lo que pasó el verano de 1936.

**Philippe, Virginie, *Transition et télévision en Espagne. Le rôle de la TVE 1973-1978*. Paris, L’Harmattan, 2007, 166 pp.**

Por Manuel Pérez Salinas  
(Université Grenoble III-Stendhal, France)

La época de la Transición es uno de los periodos que más ha despertado el interés de los historiadores en los últimos años, puesto que es uno de los momentos de mayor efervescencia política de la contemporaneidad de nuestro país, puesto que partiendo de varios proyectos diferentes o contradictorios se llegó a un acuerdo que “diseñó” como sería la España de los años venideros. En los últimos años la principal fuente que se ha utilizado para comprender este periodo ha sido la prensa – ejemplo de lo cuál es el excelente trabajo de Ferrán Gallego<sup>1</sup>-. Sin embargo, se ha prestado